

Mis oficios librescos

Seudónimo : Jubilazo

Se lo dije antes, estaba vendiendo a un costado de la feria. Y ocurrió eso, pasó un joven corriendo hecho un pedo, pisó mis libros, luego la ropa que vende mi vecina, la señora que expone sus productos de cara a avenida Centenario.

Lo que paso a explicarle, señor fiscal es lo siguiente:

Soy vendedor ambulante sin permiso, es que no molesto a nadie y si alguien quiere llevarse un buen libro allí estoy.

Hace cinco años que me dedico a esto, me instalo en un costado de la feria del Belloto, avenida Centenario, somos veinte que llegamos ahí los sábados a vender nuestras cosas.

¿Cómo eso de qué vendo?

Ya le dije señor fiscal, vendo libros.

Mis libros, tengo más de mil, libros de pedagogía, libros de novelas, poesías, ensayos, best sellers , de todo.

Naturalmente, soy profesor, pensionado eso sí, pero sigo siendo profesor hasta que muera ¿me entiende?

Al pensionarme no me quitaron el título, se conformaron con esquilmar mis ingresos, cuarenta y tres años educando, para recibir una pensión mezquina, pero no me quejo.

Sí, sí, vuelvo a lo que nos convoca: Pasó el muchacho como diablo que se lo lleva el viento; atrás, dos malditos, aún jóvenes con sendos cuchillos en sus manos.

El perseguido terminaba de atravesar la avenida Centenario, usted sabe que es muy, muy ancha, por algo es herencia de lo que alguna vez fue el aeródromo Naval del Belloto. Allí lo alcanzaron.

¿Qué hora era?

Si anteriormente declaré que era como las diez de la mañana, es que un poco antes vi la hora en mi celular y marcaba las nueve con cincuenta.

Los energúmenos lo alcanzaron, lo echaron al suelo y lo rajaron a tajos.

Desde mi lugar señalado, o sea mi puesto de ventas de libros fui el único que grité a todo pulmón:

-¡Déjenlo! ¡Lo van a matar!

- ¡Carabineros! Están acuchillando a alguien.

Como nunca, en dos minutos llegaron los pacos, pero el pescado ya estaba frito, los malditos se lo habían echado.

- Oiga no se meta- Me decían algunos compañeros de ventas, temerosos porque yo graznaba para que no mataran a un ser humano.

Impresionante como la enorme mancha de sangre brillaba en esa mañana de sábado, semejaba una extraña forma de pintura con relieve.

Claro, señor fiscal, perdone los vericuetos de mi declaración, pero los viejos somos así, como volados.

Alcancé a verlo, lo que quedó de él, los restos del joven acuchillado, ya era fiambre.

Los pacos, cumpliendo con su deber tenían esposados a los dos maleantes, tenían cara de reventados de odio.

- Ratas de alcantarillas- les grité.

Y volví a mi trabajo, a la venta de libros. ¿Sabe? Los pongo en el suelo, encima de una sábana vieja. También expongo algunas chucherías que siempre hay en casa y no se usan.

Pero, Oiga, si yo no tengo pito que tocar, qué más le voy a narrar.

Ya le conté todo.

Es mi trabajo, llevo cinco años, y nunca me han molestado, ni la policía, ni los inspectores municipales, nunca. Por lo demás, mi venta es legítima, son mis libros.

¿Qué cuál es mi profesión? Oiga ya le expliqué.

Soy profesor de educación Básica, a mucha honra, el 2015 me pensioné y me dediqué a esto, a vender libros y otros enseres.

Es que la pensión es miserable, pero lo que se llama miserable; por eso nunca digo que soy jubilado porque ¿sabe? Jubilado proviene de "júbilo", alegría ¿No será como mucho?

¿Qué? ¿Qué?

Qué sé yo, si encontraron los carabineros una bolsa con drogas entre mis cajas donde llevo mis libros, habrán sido los malditos... o bien el finado, que pasó pisoteando mis pertenencias.

Oiga, señor fiscal ¿me va a dejar detenido toda la noche?

Si yo no tengo nada que ver. Por Dios qué injusticia, no, si lo digo en general, no por usted, si está haciendo su pega solamente.

¿Le pido un favor? Llame a mi esposa y pídale que me traiga los remedios... y que guarde los libros. A propósito ¿dónde están?

¿Qué ya le avisó a mi esposa? ¿Y esto qué es? Ah, es lo que envió ella. ¿Me imagino que podré verla? ¿No?

Oiga, señor fiscal, esto es como en las películas, sí, entiendo, pero se le pasó la mano, yo soy totalmente ajeno a lo que pasó.

Igual, pienso que una de dos, o fue el muertito quien arrojó la bolsa en mis cajas, o bien fueron los malditos.

Está bien, ya está, comprendo. Seguiré escribiendo para que así me conozca más. Papel y lápiz tengo, también mis remedios. Me los envió mi esposa.

...Detenido por posible posesión de una bolsa de drogas. Es mejor estar tranquilo escribiendo esto en la Comisaría de Quilpué y tomar la situación como una aventura de vida. Qué más. Si no tengo velas en este entierro.

Como le decía, señor fiscal, soy profesor básico, a buena honra, trabajé más de veinte años en sectores rurales por lo que se me pegó lo ladino del huaso, lo curioso del niño. Es que me la creí; eso de que podía aportar para mejorar el mundo y me dije: ándate al campo, esos niños tan vulnerables te necesitan.

Y fue cierto, ellos anhelan una buena educación, despertarles el bicho de la creatividad, ser escuchados.

Fueron años muy lindos, esos vividos y trabajados en el campo, en el área rural del estero Marga Marga, al interior de Quilpué.

Más, también es real que no son tan vulnerables, ni yo tan bacán

Me refiero a que los niños campesinos son seres forjados junto a la madre naturaleza, su relación planetaria es muy especial, ellos nacen en comunión con las cosas menudas del campo: con las flores, los animales, las nubes, etc.

Y yo.... bueno, después de muchos años me fui percatando que no era tan potente como para lograr mejorías en la calidad de vida de las familias de mis alumnos. Por más profesor rural que fuese mi fuerte estuvo siempre en la escuela, en la sala de clases. Lo demás es paja molida.

Me preocupa ese asunto de la droga. De verdad. Ya le dije, señor fiscal que no tengo velas en este entierro. Pero, me sigue preocupando, cómo sigue suicidándose la sociedad chilensis.

La maldita droga está ocupada en eso, en el suicidio de la juventud chilena, es un infierno el tema.

Señor fiscal, le escribo en la noche ya que, usted comprenderá, bien poco puedo dormir acá en el calabozo.

Quisiera contarle que también soy escritor, sí, como lo lee.

En realidad empecé escribiendo como muchos chilenos poesía, parece que cada chileno viene a este mundo con un mundo de poesías.

Posteriormente, una vez casados, llegados la parvada de hijos, y siendo profesor la paga nunca fue buena, digamos las cosas como son. Participé en concursos literarios, gané algunos, unos implicaban dinero, otros un galardón y buenas noches.

Auto edité varios libros: recuerdo un ensayo sobre Gabriela Mistral, otro de cuentos, algunos de poemas.

Cuando llegué a la curva de los sesenta años, era hora de preparar el camino para la vejez, llegaría el instante de pensionarme y sería el punto de partida de un nuevo desafío. ¿Qué podría hacer con sesenta y cinco años en Chile?

Piense usted que junto al retiro del trabajo llega un envoltorio molesto de enfermedades y achaques.

Así las cosas, me decidí: seguiría mi vida girando en torno a los libros.

Así nació mi oficio de vendedor de libros usados, los míos.

Ya aclaró, viene el nuevo día, hoy es domingo, espero que usted, señor fiscal llegue por acá y me deje libre... y si le queda tiempo, lea lo que le escribí en la noche.

Maturana dice que el diálogo es humanidad. No, no es amigo mío, es un eminente científico chileno, investigador de la palabra.

Es por eso mismo que soy bueno para hablar, porque hablando nos entendemos ¿o no, señor fiscal?

¿Qué me puedo ir a casa?

¡Ya está!, estaba seguro que llegaría a esa convicción, que yo no tengo que ver con el entuerto de los malandras de ayer. Eso es cuento de la mafia de la droga y no me metería con ellos ni a palos.

.

Gracias, por todo. Especialmente por escucharme, ya sabe, lo dijo Maturana: hablando nos humanizamos, jejejeje.